

ba en un rosal silvestre cuyas flores embalsamaban los aires. El niño Ricardo, sorprendido, admira la variada riqueza de aquellas galas maravillosas, suspira por coger tan bella presa y corre con los brazos abiertos en pos del viajero de las alitas hermosas y brillantes, que parecen un mosaico viviente, ó que tienen geroglíficos de oro, alfabeto misterioso y fantástico que solo Dios puede leer.

Mas ¡ay! la mariposilla se eleva por el aire en medio de un océano de luminosa púrpura. Ricardo la sigue de flor en flor, de arbusto en arbusto, á pesar de que las espinas desgarran sus manos y su vestido, y las piedras que á veces le detienen en su carrera precipitada, le hieren cruelmente los piés. Por último, la hermosa fugitiva se detiene en el cáliz de una prímula.

¡Oh! con qué violencia late el corazón del niño Ricardo! Se han cumplido por fin sus ardientes deseos! Ni aun se acuerda de sus heridas frescas y llenas de sangre todavía!

El alegre niño abre el cáliz de la flor ¡qué tristeza! ¡qué desesperacion! Las alitas de la mariposa, que parecían ántes el mágico abanico de una hada caprichosa, estaban despedazadas, y sin colores y sin brillo! Su primitiva belleza habia desaparecido!

¡Niños! ¡Cuántas veces por obtener cosas semejantes, cosas que os encantan, pero que se deshacen como las alitas de la mariposa, descuidais cumplir con vuestros deberes y entristeceis los corazones de vuestros padres y maestros!

T. R. CORDOBA.



LA ORACION DE LA HUÉRFANA.

A tí, Dios de mis padres,
A tí, Dios de mi vida,
Alza sus oraciones
El alma de tu hija.

Tú, que haces se produzca
Cuanto la tierra cría,
Desde los grandes bosques
Hasta las yerbecillas:
Tú, que el cielo llenaste
De estrellas infinitas,
Más que este mundo grandes,
Más que este mundo lindas:
Tú, á cuyo aliento brotan
Los rios que fertilizan
La tierra, por do corren
Hasta el mar en que espiran:
Tú, que mueves el aire
En dulce, blanda brisa,
En viento fecundante
Y en tormenta bravía:
Tú, que en negras montañas
A los mares agitas,
O meces muellemente
Sus ondas argentinas:
Tú, que la tierra, el aire
Y las aguas animas
Con miles de millones
De séres que respiran;
Que en tus obras te ensalzan,
Y tú de todos cuidas,
Desde el mosquito effimero
Hasta el águila altiva;
Del pesado elefante
A la pequeña hormiga,
Y del caracolito
A la ballena rica:
Tú, que al rey de tus obras,
Al que es tu imagen misma,
Al hombre venturoso,
Con la razon inspiras,
Para que te conozca
Y sus fines distinga;
Tú, por fin, el Eterno,
Mi Dios, mi Padre, mira
La pobre criatura
Que te implora sumisa,
Huérfana de su madre,
Por quien llora y suspira.
Tú, que todo lo puedes
Y que lo bueno estimas,
Haz que mi madre more
Do los ángeles brillan.
Y haz que allá se una á ella,
Y te ame y te bendiga,
Esta su pobre huérfana
Cuitada y desvalida.

M. GUTIERREZ.

SE RECIBEN SUSCRICIONES:

EN MÉXICO.—Administracion de la *Sociedad Católica*,
2ª calle de San Francisco, núm. 7.
Librerías de los Sres. Morales, Abadiano y Aguilar.
FUERA DE MÉXICO.—Por los señores corresponsales de
la *Sociedad Católica*.